CINECLUB NUCLEO **www.cineclubnucleo.com**	Temporada Nº **58** Exhibición Nº **7514** Cine **COSMOS U.B.A.**
Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA	
□ Fundado por Salvador Sammaritano □ Fundación sin fines de lucro □ Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes □ Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes □ Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires	

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**	Buenos Aires, lunes 31 de octubre de 2011 Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

AFTER LIFE

(*Wandâfuru raifu,* Japón - 1997)

Dirección: HIROKAZU KOREEDA. *Guión:* Hirokazu Koreeda. *Dirección de fotografía:* Masayoshi Sukita, Yutaka Yamasaki. *Diseño del film*: Hideo Gunji, Toshihiro Isomi. *Música original:* Yasuhiro Kasamatsu. *Montaje:* Hirokazu Koreeda. *Mezcla de sonido*: Hirokazu Koreeda. *Elenco*: Arata (Takashi Mochizuki), Erika Oda (Shiori Satonaka), Susumu Terajima (Satoru Kawashima), Takashi Naitô (Takuro Sugie), Kyôko Kagawa (Kyoko Watanabe), Kei Tani (Kennosuke Nakamura), Taketoshi Naitô (Ichiro Watanabe), Tôru Yuri (Gisuke Shoda), Yûsuke Iseya, Sayaka Yoshino (Kana Yoshino), Kazuko Shirakawa (Nobuko Amano), Kotaro Shiga (Kenji Yamamoto), Hisako Hara (Kiyo Nishimura), Sadao Abe (Ichiro), Natsuo Ishidô (Kyoko Watanabe), Tomomi Hiraiwa, Tae Kimura, Yasuhiro Kasamatsu, Akio Yokoyama, Miyako Yamaguchi, Kazuji Araki, Kunio Endo, Michi Okuma, Shinichiro Okuno, Yoshitaka Kaneko, Keigyoku Kane, Yone Kori, Masaaki Kojima, Terumasa Takahashi, Chie Takamatsu, Kimiko Tatara, Toshio Nomoto, Nanae Hirakawa, Taro Bundo, Reila Aphrodite, Naruki Matsukawa. *Producción*: Masayuki Akieda, Shiho Sato. *Producción ejecutiva*: Yutaka Shigenobu. *Productoras*: Engine Film, Sputnik Productions, TV Man Union. *Duración*: 118'.

El Film

No son exactamente ángeles sino algo así como empleados públicos. Para más datos, de lo más amables. Claro que las oficinas en las que trabajan son lo menos parecido a una repartición estatal. El establecimiento –así lo llaman– tiene el aspecto de un hospital enorme, algo venido abajo, y es la sala de espera de un paraíso muy particular: recibe a las personas que acaban de morir y les asigna un plazo de tres días para que escojan un recuerdo de sus vidas, sólo uno, para llevarse al más allá. Esto ocurre del siguiente modo: el establecimiento elabora un guion con cada uno de los recuerdos, lo produce cual si fuera un corto y lo proyecta en un pequeño microcine. Cada "recordante", al verlo, revive aquel momento con la suficiente intensidad como para llevárselo definitivamente al otro mundo. Y parte con él.

Semejante premisa no se hubiera sostenido ni por un minuto de no mediar el compromiso afectivo, el pudor, la sobriedad con que Hirokazu Kore-eda –uno de los directores jóvenes más celebrados del Japón– encaró el tema. Esto se manifiesta en la delicada galería de criaturas que ocupan la antesala celestial: jóvenes y viejos, más o menos satisfechos con su derrotero terrestre, seguros y no tanto a la hora de elegir recuerdos, se abocan a la disciplina del establecimiento con llamativa naturalidad. Otra pieza clave es la coherencia de **After Life**, que esquiva las muletillas con que Hollywood suele resolver el manoseado, y muy de moda, mito angelical. La versión Kore-eda del tránsito al otro mundo está más cerca de la vida que de la muerte, de la saludable revisión existencial –una tarea de los vivos– que de las conjeturas acerca de la vida después de la muerte sugeridas por el título. Por eso tiende más de un puente hacia el imaginario del espectador. Cada uno, desde la butaca, buceará aunque más no sea fugazmente en su pasado, colocándose en la piel de los protagonistas, que hablan muchas veces a cámara, como invitando al

público a participar del juego. O a jugar con la tensión entre la brevedad de los instantes y las huellas indelebles que dejan (o no dejan) en el que los vivió.
No está ausente el homenaje al cine: la producción de las memorias remite más o menos obviamente a los mecanismos (cortes, planos, efectos especiales) con los que el lenguaje audiovisual recrea las emociones personales, íntimas. **After Life**, por lo demás, no se limita a habilitar el desarrollo de los 22 recién finados, sino que escarba en la historia y las vivencias de sus anfitriones. Podrá saberse, al cabo, que se trata de otros muertos... que no pudieron o quisieron elegir un recuerdo. Las relaciones que establecen entre sí –y con algunos de los huéspedes– por momentos los desdibujan, aproximándolos a los habitantes de un melodrama más bien convencional. Instalando preguntas innecesarias (¿Están vivos, están muertos?) y enigmas insolubles (¿Quién preside la "antesala"? ¿Es una corporación?) que le restan contundencia a la resolución del trámite.
(Guillermo Ravaschino, extraído de www.cineismo.com)

Si los recuerdos se pudiesen almacenar en un disco duro seguramente perderían su condición como tal. Si la memoria se pudiera registrar en una cinta de video, nuestra mente no necesitaría procesar nuestros recuerdos. Hirokazu Kore-eda plantea en **After Life** este dilema en un sequito de personajes que acaban de traspasar a mejor vida.
No es casual que Kore-eda ofrezca un trabajo que habla sobre la memoria, y como esta influye en nuestra conciencia, pues su abuelo murió de Alzheimer, y si hay un tema constante en su cine es precisamente esa búsqueda del recuerdo perdido, de esa memoria que ha quedado obsoleta a medida que pasan los años. Tal vez **After Life** sea el documento fílmico de su carrera que mejor resuelva su obsesión por la memoria individual del ser humano, y como esta se colectiviza si la ordenamos y la asociamos con los pensamientos de otros seres vivos. Esto se simplifica en un argumento que podría resumirse en: una agencia del más allá se dedica a filmar el mejor recuerdo que las nuevas almas que llaman a su puerta les explican; estas disponen de una semana para rememorar viejos pasajes de sus vidas perdidas, antes de que sean escenificadas y pierdan definitivamente su forma humana, y así continuar su camino hacia el más allá. Ojo, que nunca se habla de reencarnación, lo que nos remite a la religión animista sintoísta por excelencia. Así de esquemático resultaría su argumento si no fuera porque uno de los trabajadores descubre que una de las nuevas almas presentes había sido muchos años antes una de sus pretendientes. Y sí, los empleados de esta agencia del más allá también habían sido humanos en algún momento indeterminado, y fueron reclutadas en el mismo lugar, pero al renunciar a cualquier recuerdo del pasado en vida, se obligan inconscientemente a permanecer como currantes en esa hipotética puerta de entrada al más allá.
Una historia que resulta interesante desde el punto conceptual, y que Kore-eda opta por darle un tratamiento más próximo al docudrama que no al de una película con un planteamiento clásico; eso si, carece de estructuras narrativas posmodernas y prefiere darle una clara introducción, un nudo algo alargado, y un desenlace para nada previsible. Podría incluso decirse que hasta dos posibles desenlaces, pues por un lado tenemos el gran hallazgo que hace uno de los trabajadores al darse cuenta que tiene delante de sus narices a su antigua amante; y por otro, la visualización y conclusión filmada de esos recuerdos que durante unos días han sido motivo de selección por parte de las veintidós personas que representa que han muerto durante esa semana.
Precisamente, es en este punto es dónde podemos encontrar cierta contradicción en la película en si: si los recuerdos de cada persona se pudieran grabar en una cinta dejarían de serlo; si la reminiscencia de la memoria se pudiese volver a interpretar delante de una cámara, o en su definición, se pudiese emular en forma de escenificación teatral, se destruiría como tal. En definitiva, que los recuerdos no existirían, y la palabra olvido sería borrada del diccionario. Es tan fácil como rememorar cualquier recuerdo de alguno de sus protagonistas, ya que todos ellos están muertos y la imagen que proyectan de esos momentos que recuerdan con felicidad nunca volverán a ser los mismos porque precisamente han pasado a mejor vida, porque precisamente no pueden volver atrás en la fecha y hora exacta de esa situación especial que recuerdan con nostalgia. Y es que por eso se dice que la felicidad se recuerda, pero no es un estado permanente en el que se encuentre una persona. Son estados de ánimo que surgen del acto de rememorar momentos que nos han dejado buenos sabores de boca, instantes que afloran en la reminiscencia de nuestros pensamientos.
Kore-eda lo sabe perfectamente, y por este motivo construye la historia de amor alternativa (o mejor dicho *triangle love*) entre un empleado veterano del lugar, la alma a la que debe asistir y que descubre cómo fue su amante en el pasado, y una chica que ha empezado recientemente en dicha agencia. Una vez “filmado” ese instante a rememorar se da cuenta de que por mucho que incida en ese momento, aunque intente revivirlo del mismo modo, nunca será idéntico a como lo vivió.

Lo más interesante es como Kore-da expone los puntos de vista, y como los narra a través de entrevistas, a priori, completamente reales; lo que nos conduce a los terrenos del docudrama manipulado. Una sutil manipulación que se sirve de un pretexto argumental, y que sirve para trazar una línea narrativa muy fácil de seguir para conducirnos al verdadero fin de la propuesta: hablarnos de la memoria a través de la memoria. Una lección metacinematográfica pura y dura, pero formalmente con un telón de narración clasicista. Un acierto que nos conduce a un Kore-eda muy intimista, algo experimental, y que nos indica las razones de por qué se hizo cineasta. Viendo **After Life** también nos damos cuenta de la importancia que ha sido Kore-eda para el cine testimonial (o documental si se quiere) de la nueva ola de los 90. Un personaje que elevó el listón de la industria cinematográfica japonesa de finales del pasado milenio, y en una actitud continuista, se sobrepuso a las tendencias fílmicas de su propia industria de una forma natural, pragmática y comercialmente muy atractivo.

(Eduard Terrades, extraído de http://www.cine.fanzinedigital.com)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas